

## LUIS “CHANGO” SPALLETTI

### Una vida de ciencia, docencia, compromiso y generosidad



Chango junto a su grupo de investigación en la Cuenca Neuquina en el año 2019.

Hoy nos toca escribir un artículo que quizás todo discípulo sabe que en algún momento le tocará escribir, pero que nunca quisimos que llegara el momento de hacerlo. Hoy nos toca la difícil tarea de despedir a Luis A. Spalletti, “Chango”.

Quienes firmamos este texto, fuimos discípulos de Chango en distintos momentos de su carrera, y por lo tanto nuestros recuerdos y memorias son diversos. Sin embargo, coinciden en muchísimas cosas fundamentales que son la esencia de lo que fue Chango como hombre de ciencia, como docente, como ciudadano, pero sobre todas las cosas, como

persona. Son esos aspectos los que queremos destacar hoy, aún sabiendo que las palabras difícilmente alcancen para hacer justicia a la amplitud de su legado y a la profundidad de su calidad humana.

Chango, como científico era, ante todo, de una curiosidad inacabable. No era el tipo de investigador que encuentra una metodología y la explota hasta el final de su carrera, sino todo lo contrario: apenas había enviado un trabajo desarrollado con una metodología, ya estaba mirando hacia la siguiente. Una mirada a su historial de publicaciones científicas basta para ver que sus trabajos abarcan

un enorme espectro de temas sedimentológicos: desde los primeros sobre conglomerados modernos del norte de Argentina hasta los últimos dedicados a la geoquímica de lutitas jurásicas de la Cuenca Neuquina. Introdujo el análisis de facies cuando casi nadie lo usaba en Argentina, y cuando la estratigrafía secuencial apareció en el horizonte, ya estaba leyendo a los exponentes de la disciplina y convocando a reuniones informales en el CIG para que todos discutieran y plantearan ideas sobre esos nuevos conceptos a la par que se desarrollaban en otras partes del mundo. Esa generosidad metodológica, el compartir con sus pares un aprendizaje conjunto, fue sin dudas una de sus marcas más distintivas. Y cuando la sedimentología en el planeta Tierra, desde el Precámbrico hasta los depósitos modernos no fue suficiente, indagó en lo que se conocía de la sedimentología de Marte. Esa misma actitud se reflejó en las numerosas tesis que dirigió a lo largo de su carrera. Más que formar especialistas en un tema particular, Chango formó investigadores capaces de abrirse camino hacia nuevas preguntas, nuevas metodologías y nuevos campos de estudio. Entendía que la tarea de un director no era reproducir su propia trayectoria intelectual, sino ayudar a cada estudiante a construir la suya. Siempre decía que las tesis doctorales que él dirigía, eran trabajos que a él le hubiese gustado hacer, y no era una frase menor: reflejaba una forma de entender la ciencia como una exploración permanente, incluso a través de las preguntas de otros. Y si esa curiosidad inagotable quedó plasmada en las personas que formó, también quedó reflejada en una obra científica de una amplitud y una persistencia extraordinaria. Sería injusto no mencionar su prolífica producción científica, pero más que listar la cantidad de trabajos en revistas y artículos en congresos y reuniones, basta ver la extensión temporal de su producción, con su primer trabajo publicado en agosto de 1968 y el último en diciembre de 2025, 57 años produciendo un vasto conocimiento científico.

Como profesor, Chango apelaba siempre a un tono cansino y aplomado, que permitía asimilar conocimientos en la medida que los evocaba. Tenía algo en su forma de enseñar que no se aprende en ningún lado: sabía exactamente cuando tenía que dejar que el silencio hiciera su trabajo, ya sea para permitir la duda o para generar en los estudiantes alguna reflexión. Sus clases resultaban en conversaciones en las que los alumnos

terminábamos llegando a conclusiones por la propia guía que Chango iba llevando en la misma. Vio pasar el pizarrón, las filminas, las diapositivas, y las presentaciones en Power Point, y en cada transición tecnológica actualizaba no solo el formato sino también el contenido, porque para él la docencia no era transmitir lo que sabía sino desarrollar el espíritu crítico en quien tenía enfrente. Siempre fue generoso y abierto para invitar a colegas o incluso estudiantes de doctorado que estaban desarrollando una línea de investigación en la que él trabajaba poco, para desarrollar y mejorar sus clases. Tuvo todos los cargos posibles en la docencia universitaria, desde ayudante alumno hasta Profesor Emérito. Fue profesor titular desde 1986, y además de enseñar en la Universidad Nacional de La Plata, fue profesor de la Universidad Nacional de Tucumán, lo cual refleja su fuerte compromiso con la enseñanza, a la cual consideraba una parte sustancial de su carrera. Pero su labor formadora no se limitó al aula. Una parte fundamental de su legado se construyó también a través de la dirección de tesis y jóvenes investigadores, a quienes acompañó con el mismo entusiasmo, generosidad intelectual y respeto por la autonomía que caracterizaban su actividad docente. Dirigió 21 tesis doctorales: la primera finalizó en 1986 y la última en 2020, y un detalle: cuando terminó de dirigir a su primer tesista, él último aún no había nacido. Fueron más de 35 años formando recursos humanos, entre estudiantes de grado, doctorado, jóvenes investigadores y técnicos, y muchos de esos discípulos seguimos (y siguieron) trabajando con él por mucho tiempo más. Porque estar cerca de Chango seguía siendo siempre, una oportunidad de aprender algo nuevo o de generar alguna idea novedosa. Quizás por eso tantos de quienes trabajamos con él terminamos recorriendo caminos propios. Chango encontraba una satisfacción genuina en ver cómo sus estudiantes se internaban en territorios nuevos, muchas veces alejados de sus propias áreas de experiencia; lejos de sentirse amenazado por ello, lo celebraba. Para él, formar investigadores significaba precisamente eso, ayudar a que otros llegaran más lejos de lo que uno mismo había llegado.

Chango fue también un hombre de la modernidad, un iluminista en el sentido más genuino de la palabra, alguien que creía en las instituciones, en el conocimiento compartido y la ciencia como organización colectiva. Es difícil contar esta historia sin caer en la enumeración de

instituciones en las que participó y de los cargos que ocupó. Pero lo que importa no es solo que fundó la Asociación Argentina de Sedimentología y el Centro de Investigaciones Geológicas (CIG), que organizó la primera Reunión Argentina de Sedimentología, o que presidió honorariamente el Congreso Internacional de Sedimentología de Mendoza. Lo verdaderamente relevante es por qué lo hizo y cómo lo hizo. Chango supo siempre que la ciencia argentina necesitaba una estructura propia para crecer y desarrollarse: revistas, asociaciones, reuniones periódicas, centros de investigación. Todos esos logros que pudiesen tomarse como personales, en realidad son la expresión de una visión de la ciencia, del país y del mundo. Y Chango no se limitó a que lo creado fuese librado a su suerte, sino que siguió apuntalando y construyendo, participando en cada debate, defendiendo a la educación pública, libre, laica y gratuita con la misma convicción a los treinta que a los ochenta. Siempre fue guía y maestro de las múltiples generaciones que lo sucedieron. Chango cuidó de todo y de todos hasta el último día de su vida. En las últimas reuniones científicas que participó, los estudiantes de grado lo miraban como a una leyenda, y él los saludaba con la misma sencillez de siempre.

Y por último, y por sobre todo, está Chango como persona, que es donde las otras dimensiones encuentran su raíz. Fue una persona cálida, reflexiva, humilde, respetuosa y con denotada firmeza. Tenía fuertes convicciones y no las escondía, pero nunca las usó para avasallar a nadie. El sentido del humor fue algo que supo desplegar durante toda su vida y en confianza recurría con frecuencia al sarcasmo para hacernos reír. En los asados y reuniones compartidas, desplegaba una infinidad de anécdotas sin buscar nunca ser el centro de atención. Aunque su manera de narrar historias, con ese inconfundible tono de sabio cercano, lo volvía inevitablemente magnético. Era inmensamente familiar, fiel a su raíz italiana que siempre evocaba, y no había domingo que no estuviera reservado para la familia, donde él mismo amasaba pastas para todos, y se divertía en largas sobremesas charlando sobre arte, ciencia, política, actualidad, o cantando algún tango con sus nietas. Ya en sus 80, la emoción lo embargaba al recordar a sus maestros, en especial a Mario Teruggi, así como a sus colegas y amigos del CIG que habían partido. No pudo contener la emoción al referirse a sus padres cuando fue nombrado miembro de la

Academia Nacional de Ciencias. Hace pocos años atrás, lo invitaron a escribir una reseña de su propia vida, la cual empieza diciendo: "Fui un niño feliz y soy un hombre feliz. Agradecido a la vida." En agosto de 2025, cuando recibió un más que merecido homenaje en el marco de los 45 años de la fundación del CIG, dijo que iba a seguir yendo al instituto hasta el último de sus días como un acto de profundo amor. Y cumplió.

Es por eso que quienes conocimos a Chango sabemos que lo que queda no es solo la suma de sus aportes científicos, de su labor docente o de su construcción institucional, sino una manera de habitar la ciencia y la vida. Una manera hecha de curiosidad constante, de generosidad intelectual y de una confianza profunda en las personas y en el conocimiento compartido. Hoy nos toca despedirlo, pero lo hacemos con la certeza de que su presencia seguirá viva en cada una de las personas que formó, en cada institución que ayudó a construir y en cada pregunta que dejó abierta. Chango sigue y seguirá presente en nuestras vidas académicas y científicas, pero sobre todo en el recuerdo de quienes compartimos parte del camino con él. No nos queda más que agradecer por haberlo tenido como maestro, mentor, colega y amigo: **¡Gracias Chango!**

Elisa, Ernesto, Gonzalo, Mariano y Sergio  
*La Plata, 25 de Junio de 2026*